

JACQUES LE GOFF:

Saint François d'Assise.

**París. Gallimard, Bibliothèque des
Histoires. 1999, 224 págs.**

¿Es San Francisco el santo más actual de la Iglesia? Fue un ecologista maravilloso con la naturaleza y feminista con Santa Clara. Denunció "el horror económico" antes de Viviane Forrester y Pierre Bourdieu, anunció la cultura hippie en su no-violencia, su anticonsumismo y su minimalismo en el vestuario cuando le devolvió a su padre, en público, hasta su último vestido antes de entregarse a Dios. El mensaje del Pobre de Asís es de una modernidad persistente.

"Si San Francisco fue moderno fue porque su siglo lo fue", escribió Jacques Le Goff en un bello ensayo que retoma de una manera resumida la forma de la biografía introspectiva de su San Luis. En lugar de contar una vez más las etapas de una vida que ha seducido a tantos biógrafos e inspirado a la última gran ópera francesa, Le Goff ensaya diferentes claves para entrar en el secreto del personaje y restituirle su rareza. Si los estigmas de San Francisco son una primera representación en la historia de los milagros, la adoración del crucifijo que es su causa traduce una mutación de la devoción; la imagen del crucificado que vivió el sufrimiento humano reemplaza progresivamente la del Cristo en la gloria que venció a la muerte. Bajo la devoción del Cristo por la humanidad que sufre se afirma un impulso humanista surgido de las cortes francesas y de las ciudades mercantiles italianas en una Europa que renace. El genio de San Francisco es el de haber sabido encarnar el doble rostro de este humanismo.

Su fogosidad contestataria que predice el regreso a la pobreza evangélica (San Francisco es sobre todo un hombre del Nuevo Testamento) y denuncia el enriquecimiento de la Iglesia, pertenecía también a su época. Se dice que su mensaje olía a chamusquina. Es cierto. Cuando se piensa en la multitud de movimientos disidentes, valdenses, cátaros y otros que reclaman la "desinstitucionalización" de la Iglesia y amenazan su autoridad, se comprende la reserva un poco disgustada de Inocencio III, gran defensor de la primacía pontifical, ante la especie de mendigo hirsuto que le pide audiencia. El famoso sueño en el que ve su palacio de Letrán amenazado con venirse abajo, salvado por un pequeño monje andrajoso, el doble de aquel que él había rechazado, bien podría ser sólo la metáfora de la estrategia pontificia: canalizar el dinamismo contagioso del impulso franciscano para revitalizar la Iglesia. San Francisco no es un prudente, y en los conflictos entre radicales y moderados que no dejaron de agitar su orden naciente, no escogió forzosamente el justo medio, pero por nada del mundo quiere renunciar al poder sacramental de

la Iglesia. Sin duda esto fue lo que le impidió caer en la herejía.

También hay aspectos reaccionarios en el ideal franciscano que Jacques Le Goff no quiere ignorar. San Francisco rechaza el saber y los libros en el momento en el que nacen las universidades y con ellas los primeros centros de debate que van a despertar el pensamiento. Condena el dinero en plena expansión de la economía mercantil. Pero estos aspectos reaccionarios son tal vez paradójicamente los que mejor aseguraron la supervivencia del ideal franciscano. Lo que San Francisco denuncia sin saberlo es el poder que el dinero da sobre los otros; una idea que Michel Foucault volvió a encontrar con las palabras del siglo XX. Y lo que él condena en el dinero no es el enriquecimiento sino la barbarie que se instala cuando se convierte en la única regla del orden social. Es por lo tanto reaccionario como lo son los obreros de Michelin que rechazan ser despedidos únicamente para hacer subir la Bolsa.

Tomado del *Nouvel Observateur*, 1999.